

CAPÍTULO TRIGÉSIMO CUARTO

no lo he de ser tanto como aquella Lucrecia de quien dicen que se mató sin haber cometido error alguno y sin haber muerto primero a quien tuvo la causa de su desgracia. Yo moriré, si muero, pero ha de ser vengada y satisfecha del que me ha dado ocasión de venir a este lugar a llorar sus atrevimientos, nacidos tan sin culpa mía.

Mucho se hizo de rogar Leonela antes que saliese a llamar a Lotario, pero en fin salió, y entre tanto que volvía quedó Camila diciendo, como que hablaba consigo misma:

¡Válame Dios! ¿No fuera más acertado haber despedido a Lotario, como otras muchas veces lo he hecho, que no ponerle en condición, como ya le he puesto, que me tenga por deshonesto y mala, siquiera este tiempo que he de tardar en desengañarle?

Mejor fuera, sin duda, pero no quedara yo vengada, ni la honra de mi marido satisfecha, si tan a manos lavadas y tan puro llanto se volviera a salir de donde sus malos pensamientos le entraron.

Pague el ~~traidor~~ con la vida lo que intentó con tan lascivo deseo: sepa el mundo, si acaso llegare a saberlo, de que Camila no sólo guardó la lealtad a su esposo, sino que le dio venganza del que se atrevió a ofendelle.

Mas, con todo, creo que fuera mejor dar cuenta de esto

CAPÍTULO TRIGÉSIMO CUARTO

a Anselmo; pero ya se la apunté a dar en la carta que le escribí al aldea, y creo que el no acudir él al remedio del daño que allí le señalé debió de ser que de puro bueno y confiado no quiso ni pudo creer que en el pecho de su tan firme amigo pudiese haber género de perniciosa que contra su honra fuese; ni aun yo lo creí después por muchos días, ni lo creyera jamás, si su insolencia no llegara a tanto, que las manifiestas dádivas y las largas promesas y las continuas lágrimas no me lo manifestaran. Mas ¿para qué hago yo ahora estos discursos? ¿Tiene por ventura alguna resolución gallarda necesidad de consejo alguno? No, por cierto. ¡ Afuera, pues, traidores! ¡ Aquí, venganzas! ¡ Entre el falso, venga, llegue, muera y acabe, y suceda lo que sucediere! Limpia entré en poder del que al cielo me dio por mío, limpia he de salir de él; y, cuando mucho, saldré bañada en mi casta sangre y en la impura del más falso amigo que vio la amistad en el mundo.

Y diciendo esto se paseaba por la sala con la daga desenvainada, dando tan desconcertados y desaturados pasos y haciendo tales ademanes, que no parecía sino que le faltaba el juicio y que no era mujer

CAPÍTULO TRIGÉSIMO CUARTO

delicada, sino un ruidón desesperado.

Todo lo miraba Anselmo, cubierto detrás de unas tapi-
 ces donde se había escondido, y de todo se admiraba,
 y ya le parecía que lo que había visto y oído era bas-
 tante satisfacción para mayores sospechas y ya quisiera
 que la prueba de venir Lotario faltara, temeroso de
 algún mal repentino suceso. Y estando ya para manifi-
 estarse y salir, para abrazar y desengañar a su esposa,
 se detuvo por que vio que Leonela volvía con Lotario de
 la mano; y así como Camila le vio, haciendo con la daga
 en el suelo una gran raya delante de ella, le dijo:
 - Lotario, advierte lo que te digo: si a dicha te atre-
 vieres a pasar de esta raya que ves, ni aun llegar a
 ella, en el punto que viere que lo intentas, en ese mis-
 mo me pasaré el pecho con esta daga que en las manos
 tengo. Y antes que a esto me respondas palabra, que
 quiero que otras algunas me escuches, que después
 responderás lo que más te agradare. Lo primero, quiero,
 Lotario, que me digas si conoces a Anselmo, mi marido,
 y en qué opinión le tienes; y lo segundo, quiero saber
 también si me conoces a mí. Respóndeme a esto y no
 te turbes ni pienses mucho lo que has de responder,
 pues no son dificultades las que te pregunto. No era

(4)

CAPÍTULO TRIGÉSIMO CUARTO

tan ignorante dotario, que desde el primer punto que Camila le dijo que hiciese esconder a Anselmo no hubiese dado en la cuenta de lo que ella pensaba hacer, y, así, correspondió con su intención tan discretamente y tan a tiempo, que hicieran los dos pasar aquella mentira por más que cierta verdad; y, así, respondió a Camila de esta manera:

-No pensé yo, hermosa Camila, que me llamabas para preguntarme cosas tan fuera de la intención con que yo aquí vengo. Si lo haces por dilatarme la prometida merced, desde más lejos pudieras entretenerla, porque tanto más fatiga es bien deseado cuanto la esperanza está más cerca de poseerlo; pero, porque no esposo Anselmo y nos conocemos los dos desde nuestros más tiernos años; y no quiero decir lo que tú también sabes de nuestra amistad, por no me hacer testigo del agravio que el amor hace que le haga, poderosa disculpa de mayores yerros. A ti te conozco y tengo en la misma posesión que él te tiene; que, a no ser así, por menos prendas que las tuyas no habría yo de ir contra lo que debo a ser quien soy y contra las santas leyes de la verdadera amistad, ahora por tan poderoso er amigo

CAPÍTULO TRIGÉSIMO CUARTO

Como el amor por mi rompidas y violadas.

- Si eso confiesas - respondió Canila -, enemigo mortal de todo aquello que justamente merece ser amado, ¿con qué rostro osas parecer ante quien sabes que es el espejo donde se mira aquel en quien tú te debieras mirar, para que vieras con cuán poca ocasión te agraviás? Pero ya cayó, ¡ay, desdichada de mí!, en la cuenta de quien te ha hecho tener tan poca con lo que a ti mismo debes, que debe de haber sido alguna deservoltura mía, que no quiero llamarla deshonestidad, pues no habra procedido de deliberada determinación, sino de algún descuido de los que hacer inadvertidamente. Si no, dime: ¿cuándo, ¡Oh traidor!, respondí a tus ruegos con alguna palabra o señal que pudiese despertar en ti alguna sombra de esperanza de cumplir tus infames deseos? ¿Cuándo tus amorosas palabras no fueron desechadas y reprehendidas de las mías con rigor y con aspereza? ¿Cuándo tus muchas promesas y mayores dádivas fueron de mí creídas ni admitidas? Pero, por parecerme que alguno no puede perseverar en el intento amoroso lungo tiempo, sino es sustentado de alguna esperanza, quiero

CAPÍTULO TRIGÉSIMO CUARTO

atribuirme a mi culpa de tu impertinencia, pues sin duda algún descuido mío ha aumentado tanto tiempo tu cuidado, y, así, quiero castigarme y darme la pena que tu culpa merece. Y porque vieses que siendo conmigo tan inhumana no era posible dejar de serlo contigo, quise traerte a ser testigo del sacrificio que pienso hacer a la ofendida honra de mi tan honrado marido, agravado de ti con el mayor cuidado que te ha sido posible, y de mí también con el poco recato que he tenido del huir la ocasión, si alguna te di, para favorecer y canonizar tus malas intenciones. Torno a decir que es sospecha que tengo que algún descuido mío engendró en ti tan desvariados pensamientos es la que más me fatiga y la que yo más deseo castigar con mis propias manos, porque, castigándome otro verdugo, quizá sería más pública mi culpa; pero antes que esto haga quiero matar muriendo y llevar conmigo quien me acabe de satisfacer el deseo de la venganza que espero y tengo, viendo allá, dondequiera que fuere, la pena que da

CAPÍTULO TRIGÉSIMO CUARTO

la justicia desinteresada y que no se dobla al que en términos tan desesperados me ha puesto. Y, diciendo estas razones, con una increíble fuerza y ligereza arremetió a Lotario con la daga desenvainada, con tales muestras de quecer enclavársela en el pecho, que casi él estuvo en duda si aquellas demostraciones eran falsas o verdaderas, porque le fue forzoso valerse de su industria y de su fuerza para etorbar que Camila no le diese. La cual tan vivamente fingía aquel extraño embudo y falsedad, que por darle color de verdad la quiso matizar con sumista sangre; porque, viendo que no podía haber a Lotario, o fingiendo que no podía, dijo:

-Pues la suerte no quería satisfacer del todo mi tan justo deseo, a lo menos no será tan poderosa que en parte me quite que no le satisfaga.

Y haciendo fuerza para soltar la mano de la daga, que Lotario la tenía asida, la sacó y, guiando su punta por parte que pudiese herir no profundamente, se la entró y escondió por más arriba de la silla del lado izquierdo, junto al hombro, y luego se dejó caer en el suelo, como desmayada.

CAPÍTULO TRIGÉSIMO CUARTO

desmayada.

Estaba Leonela y Lotario suspensos y atónitos de tal suceso, y todavía dudaban de la verdad de aquel hecho, viendo a Camila tendida en tierra y bañada en su sangre. Acudió Lotario con mucha presteza, despavorido y sin aliento, a sacar la daga, y en ver la pequeña herida salió del temor que hasta entonces tenía y de nuevo se admiró de la sagacidad, prudencia y mucha discreción de la hermosa Camila; y, por acudir con lo que a él le tocaba, comenzó a hacer una larga y triste lamentación sobre el cuerpo de Camila, como si estuviera difunta, echándose muchas maldiciones, no solo él, sino el que había sido causa de haberle puesto ese término. Y como sabía que le escuchaba su amigo Anselmo, decía cosas que el que lo oyera le tuviera mucha más lástima que a Camila, aunque por muerta la juzgara.

Leonela la tomó en brazos y la puso en el lecho, suplicando a Lotario fuese a buscar quien secretamente a Camila curase; pedíale a sí mismo consejo y parecer de lo que dirían a Anselmo de aquella herida de su señora y

CAPÍTULO TRIGÉSIMO CUARTO

si acaso viniere antes que estuviere sana. Él respondió que dijese lo que quisiesen, que él no estaba para dar consejos que de provecho fuese: sólo le dijo que procurarse tomarse la sangre, porque él se iba adonde gentes no le viesen. Y con muestras de mucho dolor y sentimiento, se salió de casa, y cuando se vio solo y en parte donde nadie le veía, no cesaba de hacerse cruces, maravillándose de la industria de Camila y de los ademanes tan propios de Leonela. Consideraba cuán enterado había de quedar Anselmo de que tenía por mujer a una segunda Porcia, y deseaba verse con él para celebrar las dos la mentira y la verdad más disimulada que jamás pudiera imaginarse. Leonela tomó, como se ha dicho, la sangre a su señora, que no era más de aquello que bastó para acreditar a su embuste, y, lavando con un poco de vino la herida, se la ató lo mejor que pudo, diciendo en tales razones en tanto que la curaba, que, aunque no hubieran precedido otras, bastarían a hacer a Anselmo creer que tenía en Camila un simulacro de la honestidad. Juntaronse a las palabras de Leonela otras de Camila, llamándose cobarde y de poco ánimo, pues le había faltado al tiempo que fuera más necesario tenerle, para quitarse la vida, que tan aborrecida tenía. Pedía consejo a su doncella si diría o no todo aquel suceso a su querido esposo, la cual

CAPÍTULO TRIGÉSIMO CUARTO

le dijo que no se lo dijese, porque le pondría en obligación de vengarse de Lotario, lo cual no podría ser sin mucho riesgo suyo, y que la buena mujer estaba obligada a no dar ocasión a su marido a que riñese, sino a quitarle todas aquellas que le fuese posible. Respondió Camila que le parecía muy bien su parecer, y que ella le seguiría, pero que en todo caso convenía buscar qué decir a Anselmo de la causa de aquella herida, que él no podría dejar de ver; a lo que Leonela respondía que ella ni aun burlando no sabía mentir.

- Pues yo, hermana - replicó Camila - ¿qué tengo de saber, que no me atreveré a forjar ni sustentar una mentira, si me fuere en ello la vida? Y si es que no hemos de saber dar salida a esto, mejor será decirle la verdad desnuda, que no que nos alcance en mentirosa cuenta.

- No tengas pena, señora: de aquí a mañana - respondió Leonela - yo pensaré qué le digamos, y quizá que por ser la herida donde es lo peor encubrir sin que él la vea, y el cielo será servido de favorecer a nuestros tan justos y tan honrados pensamientos. Sosiegate, señora

CAPÍTULO TRIGÉSIMO CUARTO

mía, y procura sosegar tu alteración, porque mi señor no te halle sobreltada, y lo demás déjalo a mi cargo y la de Dios, que siempre acude a los buenos deseos. Atentísimo había estado Anselmo a escuchar y a ver representar la tragedia de la muerte de su honra, la cual con tal extraños y eficaces afectos la representaron los personajes de ella, que pareció que se habían transformado en la misma verdad de lo que fingían. Deseaba mucho la noche y el tener lugar para salir de sus casas y ir a verse con su buen amigo Lotario, congratulándose con él de la Margarita preciosa que había hallado en el desengaño de la bondad de su esposa. Tubieron cuidado las dos de darle lugar y comodidad a que sabiese, y él, sin perdonarla, salió ramente contra los abrazos que le dio, las cosas que de su concho Lotario sin poder dar muestras de alguna alegría, porque se le representaba a la memoria cuán engañado estaba su amigo y cuán injustamente él le agravio; y aunque Anselmo veía que Lotario no se alegraba, creía ser la causa; y así, entre otras razones, le dijo que no tubiese pena

(12)

CAPÍTULO TRIGÉSIMO CUARTO

del suceso de Camila, porque sin duda la herida era ligera, pues quedaban de concierto de enculbrársela a él, y que según esto no había que temer, sino que de allí adelante se gozase y alegrarse con él, pues por su industria y medio él se veía levantado a la más alta felicidad que acertara que en hacer versos en alabanza de Camila que la hiziesen eterna en la memoria de los siglos venideros. Lotario alabó su buena determinación y dijo que él, por su parte, ayudaría a levantar tan ilustre edificio. Con esto quedó Anselmo el hombre más sabrosamente engañado que pudo haber en el mundo: él mismo llevaba por la mano a su casa, creyendo que llevaba el instrumento de su gloria, toda la perdición de su fama. Recibióle Camila con rostro al parecer torcido, aunque con alma risueña. Duró este engaño algunos días, hasta, que al cabo de pocos meses volvió Fortuna su rueda y salió a la plaza la maldad con tanto artificio hasta allí cubierta, y a Anselmo le costó la vida su impertinente curiosidad. Poco más quedaba por leer de la novela, cuando del camaranchón donde reposaba don Quijote salió

CAPÍTULO XXXV

Donde se da fin a la novela del "Curioso impertinente".

Poco más quedaba por leer de la novela, cuando del camaranchón donde reposaba Don Quijote salió Sancho Panza todo alborotado, diciendo a voces:

- Acudid, señores, presto y socorred a mi señor, que anda envuelto en la más renida y trabada batalla de mis ojos han visto. ¡Vive Dios que ha dado una cuchillada al gigante enemigo de la señora princesa Micomicona, que le ha tajado la cabeza cercen y cercen, como si fuera un nabo!

- ¿Qué decís hermano? - dijo el cura, dejando de leer lo que de la novela quedaba - ¿Estáis en voz, Sancho? ¿Cómo diablos puede ser eso que decís, estando el gigante dos mil leguas de aquí?

En esto oyeron un gran ruido en el aposento y que don Quijote decía a voces:

- ¡Tente, ladrón, malandrín, follón, que aquí te tengo y no te ha de valer tu cimitarra!

CAPÍTULO TRIGÉSIMO QUINTO

Y parecía que daba grandes cuchilladas por las paredes. Y dijo Sancho:

— No tienen que pararse a escuchar, sino entren a despartir la pelea o a ayudar a mi amo; aunque ya no será menester, porque sin duda alguna el gigante está muerto ya y dando cuenta a Dios de su pasada y mala vida, que yo vi correr la sangre por el suelo, y la cabeza cortada y caída a un lado, que es tamaño como un gran cuero de vino.

— Que me maten — dijo a sazón el ventero — si don Quijote o don diablo no ha dado alguna cuchillada en alguno de los cueros de vino tinto que a su cabecera estaban llenos, y el vino derramado debe de ser lo que le parece sangre a este buen hombre.

Y con esto entró en el aposento, y todos tras él, y hallaron a don Quijote en el más extraño traje del mundo. Estaba en camisa, la cual no era tan cumplida que por delante le acabase de cubrir los muslos y por detrás tenía seis dedos menos; las piernas eran muy largas y flacas, llenas de vello y nonada limpias; tenía en la cabeza un bonetillo dorado, grasiento, que era del ventero;

CAPÍTULO TRIBÉSIMO QUINTO

en el brazo izquierdo tenía revuelta la uarta de la cama, con quien tenía gjeriza Sauclo, y él se sabía bien el porqué, y en la derecha, desenvainaba la espada, con la cual daba cuchilladas a todas partes, diciendo palabras como si verdaderamente estuviera peleando con algún gigante. Y es lo bueno que no tenía los ojos cubiertos, porque estaba arrojado y sentido que estaba en batalla con el gigante; yo fue tan útil la imaginación de la aventura que iba a tener, que le hizo saber que ya había llegado al reino de Micauicón, y que ya estaba en la pelea con su enemigo; y había dado tantas cuchilladas en las caderas, creyendo que las daba en el gigante, que todo el aposento estaba lleno de vino. Lo cual vió por el ventero, como un ave, que arremetió con un alfiler y al punto cerrado le comenzó a dar tantas golpes, que si Caraculo y el cura no se le quitaran, él acabaría la guerra del gigante; y, con todo aquello, no despertaba el pobre caballero, hasta que el barbero trujo un gran caldero de agua fría

CAPÍTULO TRIGÉSIMO QUINTO

del poco y se le echó por todo el cuerpo de golpe, con lo cual despertó Don Quijote, mas no con tanto acierto, que echase de ver la manera que estaba.

Dorotea, que vio cuán corta y sutilmente estaba vestido, no quiso entrar a ver la batalla de su ayudador y de su contrario.

Andaba Sancho buscando la cabeza del gigante por todo el suelo y, como no la hallaba dijo:

- Ya yo sé que todo lo de esta casa es encantamiento, que la otra vez, en este mismo lugar donde ahora me hallo, me dieron muchos mojicones y portazos, sin saber quién me los daba, y nunca pude ver a nadie; y ahora parece por aquí esta cabeza, que vi cortar por mis mismísimos ojos, y la sangre común del cuerpo como de una fuente.

- ¿Qué sangre ni que fuentes dices, enemigo de dios y de sus santos? - dijo el ventero -. ¡No lo ves, ladrón, que la sangre y la fuente no es otra cosa que estos ueros que aquí están horadados y el vino tinto que nada en este aposento, que nadando vea yo el abner en los infiernos de quién los horadó?

- No sé nada - respondió Sancho -. solo sé que vendré a ser tan desdichado, que, por no hallar esta cabeza, se me ha de deshacer mi condado como la sal en agua.

Y estaba peor Sancho despierto que su amo durmiendo: tal le